

QUISIERA MATARLA, PERO QUE NO MUERA.

Autor: Hugo Eduardo Díaz.

“ www.hugoeduardodiaz.cl”

NOTA: Este cuento forma parte de la selección de cuentos incluido en el capítulo XII del libro “ Manifiesto Irreverente y otros relatos. Cuentos” de Hugo Eduardo Díaz, autoedición fechada el 01 de Enero del año 2005. Es un texto de 532 páginas, 500 ejemplares, I.S.B.N. N° 956-299-497-X, editado en Santiago de Chile. El libro se encuentra disponible en la SECH y para su lectura en la Biblioteca Nacional de Chile, en la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, en la Biblioteca de la Universidad Arturo Prat de Iquique, en la Biblioteca de Santiago de Chile, en la Biblioteca Municipal de Iquique y otras.

“ QUISIERA MATARLA, PERO QUE NO MUERA”

Quisiera matarla, pero que no muera...porque si muere nunca más veré sus pupilas abiertas como espejos luminosos, su boca roja y húmeda y su cuerpo ondulante como olas de mar cuando en el clímax de su goce me juraba que me amaba... ¿ Cómo matarla, pero sin que ella muera?, cavilaba y se preguntaba el afligido hombre al ser acicateado por la duda que le corroía sus días desde hacía bastante tiempo. Dudaba, dudaba, pero por considerarlo indigno y de ruin bajeza era incapaz de usar su astucia y seguirla, cerciorarse y probar si su preocupación y casi sufrimiento tenían fundamento. ¡No!...él era hombre de principios... No se faltaría el respeto asimismo, menos aún a su amada. Tampoco cometería la infamia de preguntar y averiguar entre el vecindario, pues aunque todo fuera un asunto de inseguridad o de celos enfermizos o desviaciones de su lógica, sería con toda seguridad hazme reír de su entorno social.

Desde que sintió el pinchazo doloroso de la sospecha, la imagen de ella lo seguía día y noche; el amor de sus primeros años que se había quedado dormido desde el nacimiento de su segundo hijo fue despertado abruptamente y se alojó en su corazón nuevamente la gran pasión que por ella había sentido cuando ambos eran casi dos adolescentes. Ahora, cuánto la amaba... cuantos años perdidos y desapercibidos, por culpa del maldito deseo de trabajar...trabajar y más trabajar. Cuánto desperdicio de su vida, cuantas horas extraordinarias sentado en su escritorio y su amada suspirando por amor, por caricias, por más vida.

Su mujer hermosa hembra chilena, briosa para caminar, su boca jugosa y siempre sonriente, su cabellera negra azabache con ligeros tintes rojizos que destellaban con los rayos solares, piernas firmes y prietas, ancas de yegua, eran atributos que los hombres de su entorno poblacional paladeaban al verla pasar, todo en fiero contraste con la presencia, aunque no despreciable, según algunas mujeres, de él, con su aspecto de hombre tranquilo, modesto, sin alardes de machote, menos aún de esa fanfarronería de Don Juan, tan típico en la jungla del mundo del sexo llamado fuerte.

Hacía algunos años, cuando recién se había instalado en ese sector poblacional, los hombres lo saludaban con respeto, admiración y quizás hasta con envidia por saberlo dueño de esa mujer que hacía revolucionar los espermios de todos y por ser el padre de dos hermosos niños nacidos desde el vientre de esa hembra fabulosa. Las mujeres adivinando tal vez que bajo esa apariencia de hombre tan poco demostrativo de sus poderes viriles había algo mágico que solamente su mujer conocía, de soslayo lo miraban lánguida y coquetamente, asunto que Juan, el buen hombre, no sabía distinguir entre la buena vecindad y la provocación femenina.

Entusiasmado con su trabajo, con el máximo de horas extraordinarias, Juan llegaba a su casa agotado y con su mente aún con las tareas incrustadas en su cerebro, mientras su mujer lo contemplaba al colocarle sobre la mesa la sopa caliente, la alcuza, la sal, el ají, el pan, todo como si fuera su casa un restaurante, ella la camarera y él un pensionista.

Y ella, antes tan cariñosa, casi voluptuosa, lo besaba, pero él ahora sopesaba esos besos. Cada día calibraba, valoraba y calificaba esos besos como un estadístico. Ahora eran casi fingidos, sin sabor, sin esa impetuosidad y fragor ardiente de antes. Ahora eran fríos, calculados. Y comenzó el principio de su infelicidad. Empezó a sospechar.

Camino hacia el paradero de los buses, serio como siempre, se aprestaba a responder el acostumbrado y siempre risueño saludo mañanero de una linda vecina, pero ella esta vez saludó con un seco “Buenos días”, sin sonrisa, sin esa mirada atrayente e insinuante, como era la costumbre en ella, captando la sensación de estar siendo observado por detrás por esa mujercita que de alguna manera le agradaba.

Su incomodidad se acrecentaba, poco a poco, día a día, al constatar miradas, gestos, sonrisitas irónicas cada vez que era saludado por el vecindario.

Aunque todo eran suposiciones, probablemente creaciones de su imaginación, el pobre hombre va lentamente subvalorando su valer como hombre primero y como persona después, todo en un proceso interno, inconsciente, pero que peligrosamente estaba aflorando al exterior con muestra de ademanes impropios y desusados en él, no solamente en su hogar, sino que también en su trabajo.

El siempre caballeroso y digno Juan, hombre de principios como era, escondía su tragedia amorosa como un secreto de honor y sin quererlo, su hogar se fue transformando solamente en un dormitorio, un lugar para

descansar. El trato con ella era de rutina, de dolorosa resignación, aunque todo era una figura no comprobada.

Juan, miembro de una familia catalogada como “ pobre, pero decente”, llevando a cuesta un fardo de prejuicios y tabúes inculcados por sus padres, ambos nacidos a principios del siglo veinte, jamás osó gozar a su mujer con todo el esplendor sexual que otorga el conocimiento enciclopédico en esta materia por desconocimiento y falta de experiencia en estas lides y por ser vista, conforme a los principios familiares morales heredados de sus progenitores, como impropio de personas con formación honorable.

En cambio ella, su amada, dichosa de su estampa, hermosura y juventud, frenaba, por respeto al hombre que amaba, los brotes y las ansias de amar sin cadenas, ni sermones ni restricciones. Él , Juan, encadenando sus deseos de transformar su lecho en un canto de gemidos de placer y ella prisionera del pudor, los dos, pese a los años de convivencia legal, aún desconocían la sublime música de la entrega mutua en toda la casi infinita gama que es posible libar la miel de la felicidad entre un hombre y una mujer.

Paulatinamente esta sociedad conyugal, reglada jurídicamente para toda la vida y hasta que la muerte los separe, todo juramentado ante el representante de Jesucristo en la tierra, fue transformándose en una sociedad en quiebra. Todo eran aburridores hábitos y costumbres de rutina incluyendo los besos y arrumacos en la cama. Todo era hecho como se dice popularmente” como Dios manda”.

No se podría saber cual de los dos saltó primero la invisible valla, fuerte como una muralla de contención de sus impulsos instintivos, buscando los misterios del placer tan vilipendiados por las peroratas eclesiásticas y sus hipócritas seguidores, pero aunque cualquiera hubieren sido las motivaciones de este quebrantamiento de fidelidad, ellos, por desgracia,

se amaban, adoraban a sus hijos y tenían puesto en su vida común todo el porvenir.

Aunque Juan se había habituado a vivir con sus entrañas laceradas por la duda, un día cualquiera su típica racionalidad fue turbada por la imagen de una compañera de labores. Inicialmente considerada esta amistad emocional como un sedante para su mal de amor, con el paso de los días y semanas su amante lo fue atrapando en sus redes con la magia, maestría y conocimiento experimentado en los juegos íntimos amorosos. La maestra, además de ardiente y creadora, se fue transformando en un símbolo sexual del ahora liberado Juan.

Mientras tanto, ella, su mujercita, el amor de su vida, seguía displicente, ausente mentalmente, sumisa y obediente, pero cada día más voluptuosa y atrayente, casi una prueba de que ella estaba viviendo una experiencia de vida plena de dicha, pero sin él.

Sin que ella se percatara, él observaba su caminar con su voluptuosa grupa oscilando, sus ojos brillantes y su tez rosada. Era un milagro, estaba linda como nunca antes la había visto. Era casi un milagro cómo puede tanto cambiar una mujer en tan poco tiempo. Sin siquiera proponérselo, su mente la imaginaba briosa y sudorosa cabalgando sobre su cuerpo, cosa que ella nunca se había atrevido a hacerlo. Suspirando, por tanto desperdicio, se quedó dormido, soñando en su mujer, que a su lado dormía placidamente con su boca sonriendo provocadoramente.

Cierto día la insoportable situación conyugal no resistió más. La guerra fría había llegado al límite y sin saber quién fue el agresor inicial ambos rompieron bruscamente sus relaciones amistosas. Él, desesperado, aceptó el reto de su mujer de la demanda de abandonar su hogar. Herido en su orgullo, pero con una inmensa pena, optó por salir a buscar una pieza donde vivir. Caminó como sonámbulo por el centro de la ciudad, gibado,

a paso lento, derrotado. Su pecho adolorido por los rudos golpes de su corazón, su mente evocando espantosas escenas de infidelidad de su mujer amada, convencido que él ya no era el amor de esa mujer; que otro hombre se la había usurpado, avanzaba con su desgracia a cuesta por las calles repletas de gentes que a menudo lo insultaban cuando tropezaba con ellas. Con la personalidad hecha trizas, menoscabado, caminaba a paso lento tocando las macizas puertas de otrora lujosas mansiones y que ahora, idos sus aristocráticos moradores huyendo de la chusma ya cercana, eran destinadas a albergue de garzones, bohemios, trabajadores modestos, mujeres libertinas, convirtiendo estas reliquias de la antigua ostentación en verdaderos conventillos y su consiguiente hacinamiento y promiscuidad.

Con su caminar apesadumbrado, sin proponérselo, con su aspecto de soledad y afligimiento impactaba a los transeúntes, especialmente a las señoras que al mirar esa imagen desolada y sufriente, movían levemente su cara como un signo de reprobación y lástima ante tal muestra de abandono.

Había recorrido un poco más de una cuadra, mirando los avisos colocados por costumbre en las puertas o ventanas ofreciendo piezas o alojamientos para hombres solos, cuando en un momento dado se percata que lo seguía a pocos metros un gran perro negro. Se detuvo, dio media vuelta y observó al animal, el que también cesó el seguimiento y ante la actitud imprevista del hombre se plantó desafiante con sus cuatro patas separadas, como si se aprestara a atacar. Pero no fue así. Quieto, como una estatua, el perro también exploraba al ser que tenían enfrente. Era un inmenso, hermoso y impresionante ejemplar, de gran cabeza, pecho poderoso, de pelaje pegada a la piel, brillantemente negro azabache. Juan fijó su vista en los ojos de su seguidor. No pudo evitar un sobresalto. Éstos eran rojos, casi sin pupilas. Nunca había visto una especie tan diferente y casi espeluznante. Al constatar la mansedumbre y

suponiendo que pronto el bruto se alejaría, continuó en su urgente trajín.

Después de caminar toda una tarde, preguntando y consultando precios, sin saber donde pasar la primera noche que ya se acercaba, captó que el gran perro de pelaje negro y brillante, con ojos rojos, lo había seguido toda la tarde, no obstante los continuados simulacros de agresión que el ahora desgraciado hombre le hacía. El perro ante estos actos de matonaje, se detenía, sus cuatro patas bien plantadas, su cabeza erguida y colocaba sus ojos rojizos en la imagen del ser que lo amenazaba, hasta que el hombre ante la pasividad del animal, se dejó seguir. Él adelante, como vanguardia, con su tristeza envolviéndolo, y el perro negro atrás, como un verdadero guardián.

Rumiando su desolación su mente retrocedió algunos años y evocó la imagen de un viejecito que se ganaba su miserable vida yendo a los cerros circundantes en busca de hierbas medicinales cuyas propiedades curativas él las conocía como un experto. Cualquier ser verduoso, vegetal, hoja, tallo, arbolillo, etc. que viera en la tierra él le sabía el nombre dado por sus antepasados, para qué servía y cómo su utilizaba. El hombrecito hierbatero desaparecía por varios días, caminando lento, con su saco a cuestas, recorría kilómetros y kilómetros entre quebradas hurgando la maleza y extrayendo aquellas yerbas que recomendaba a sus clientes habituales para curar sus males. Este viejecito era acompañado siempre de una manada de perros de todo porte, tipo y razas, que al verlo simplemente lo seguían, confiados éstos en su sensibilidad psíquica extraordinaria, superior al ser humano, y lo cual le permitían captar los sentimientos, las penas, las alegrías, la bondad de los seres que caminaban en dos patas.

Especialistas estos animalitos en auscultar la tristeza y la melancolía profunda, siguen a los seres caídos en desgracia, quizás para mitigar la soledad y sufrimiento mutuamente.

Pero, según las deducciones del hombre más sufriente del mundo, el inmenso perro negro de ojos rojos que lo seguía persistentemente, bien podría ser el demonio, según recordaba haber escuchado a unas ancianas cuando era niño. ¿ No será este animalejo una señal de mala suerte? , se preguntaba el hombre con evidente signo de preocupación. Con solamente pensar en que el hermoso perro negro de ojos rojos podía ser el diablo, apuró el paso para llegar pronto a un paradero de buses. Se subió y por la ventanilla miró a su perseguidor que parado erguidamente en sus cuatro patas, lo siguió con la mirada hasta cuando lo perdió de vista.

Bastante avanzaba la noche llegó a su hogar que tenía que abandonar. Entró y encontró a su mujer en cama, demacrada, pálida. Estaba enferma. Luego de unos minutos llegó la ambulancia, que había sido llamada hacía unos momentos atrás por una de las vecinas.

El hombre enamorado de su mujer, le habló, le preguntó qué tenía, qué le pasaba, pero ella no respondía. Ambos en la ambulancia, con la sirena funcionando, ella en la camilla y él sentado a su lado, arribaron al Hospital. Después de algunas horas, un médico se dirigió al lugar donde estaba esperando el esposo de la enferma recientemente ingresada a pabellón quirúrgico:

— ¿Usted es el marido?... Mire, la señora tuvo un aborto.... Ha perdido mucha sangre...Está muy mal... Le estamos colocando sangre...Por el momento solamente debemos esperar... Son doce horas críticas... Trate de ir a descansar... Lo lamento....Buenas noches.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, el hombre vuelve a recibir la misma preocupante respuesta del médico tratante...” Su esposa sigue muy grave... Estamos haciendo lo posible por salvarle la vida... Aún tenemos esperanzas... Tenga fe en Dios...

Triste y con la amargura azotándole el rostro, el pobre hombre salió a la calle con deseos de gritar su dolor. Su mujer se estaba muriendo... Se va a morir...Se va a morir...Murmuraba quedamente y con sus ojos rebozando de lágrimas.

Avanzaba a paso lento, su vista perdida en los adoquines del pavimento, por el medio de la Plaza de Armas cuando escuchó el potente y centenario repique de la gran campana de la Catedral, el templo de Dios. Estaba doblando con ése casi lúgubre sonido anunciando alguna desgracia. Levantó su cabeza, vio las hermosas cúpulas del palacio religioso e impulsivamente, sin razonar y olvidando toda su filosofía de concepción del mundo que se había apoderado de su mente, se dispuso a ingresar a la iglesia. Sin titubear sus pies pisaron el suelo sagrado, caminó unos pasos y se sentó en uno de las sobrias, pero elegantes y macizas bancas. Su razón casi anulada por los quejidos de su adolorido y agitado corazón, furiosa insistía en volver a la verdad y a la realidad. Pero fue más fuerte el sentimiento y el temor y el pobre hombre, con sus ojos cerrados, inventó una oración de clemencia y ayuda a su padecimiento, ya que nunca había aprendido a rezar y a orar, conforme a ningún rito religioso. Terminada su secreta petición a los seres sagrados, más tranquilo, exhalando el aire que le apretaba el pecho, miró a su alrededor.

El amplio recinto estaba casi vacío, helado, como si fuera un museo con sus estatuas, figuras, cuadros, pinturas, etc. Las figuras humanas que se perfilaban tenían aspecto andrajoso, de desposeído de todo, quizás mendigos, cesantes, caídos en desgracia quizás por qué motivo, pero ahí estaban rogando a los santos o a lo mejor cobijándose del frío, del viento y de la lluvia que caía a esa hora sobre la ciudad.

Confiado esta vez que el Dios Todopoderoso, si es que existía, con toda la bondad y poder que se le atribuía, le concedería el favor de salvarle la

vida a la mujer que amaba, relajadamente ocupó algunos minutos en conocer la Catedral, el suntuoso hogar habitado por los representantes en la tierra de Dios y de su hijo Jesucristo. Más erguido, a paso lento y respetuoso, con sus manos cruzadas atrás, iba observando como un explorador los detalles del hogar de los santos.

Le llamó la atención las sepulturas de conocidos personajes de la opulenta clase dominante del país, dueñas de todo en siglos pasados, que estaban descaradamente durmiendo el sueño eterno junto a los santos a los que él, hacía unos momentos, les suplicaba por la vida de su mujer... ; Bueno, si Dios existe, el debe tener sus razones, para permitir que duerman en su casa este tipo de personas!... Pensó, mientras abría una de las pesadas puertas y salía al exterior, ignorando u olvidando por completo las normas de respeto que se deben hacer al ingresar y salir del recinto religioso: untar sus dedos con el agua bendita de la pileta ubicada a la entrada, arrodillarse y persignarse. Él, desgraciadamente para él, salió a la calle como quien abandona un bar de mala muerte.

No había transcurrido un mes de la ocurrencia de este casi trágico suceso y su mujer nuevamente lucía tan hermosa y exuberante como antes y él seguía con la porfiada y espinosa duda a cuesta flagelándolo hora a hora, día a día. Se le veía pálido, ojeroso, enflaquecido, su mirada tristonza, todo lo cual originaba los más variados chismes en el vecindario.

La vida de este matrimonio logró volver a la guerra fría, ella más atrayente y risueña con todos, como jamás él la había visto, pero con él irónica, lejana, displicente, cercana, pero inalcanzable. Se conformaba ahora con escucharla reír, observarla cuando caminaba y mostraba su andar de potranca.

El hombre cada día que atravesaba la Plaza de Armas obligadamente tenía que enfrentarse con el templo de Dios, lugar donde se le concedió la

gracia de salvarle la vida a esa hembra que tanto lo hacía sufrir. Y todos los días también un extraña intranquilidad lo embargaba al mirar hacia ese edificio habitado por Dios, sus santos y seguidores. Se detenía, miraba a la distancia, pensaba y después seguía su rumbo cotidiano hacia su trabajo. Y ésto era todos los días. En un momento, consciente de esa molestia que lo aprisionaba a medida que se acercaba a ese recinto, optó por cambiar de ruta, de tal forma de evitar que ese bochorno lo aprehendiera.

Cierto día, al séptimo mes de haber sido dada de alta del Hospital, la linda mujer, objeto de adoración de su esposo, contrae una fulminante enfermedad y fallece en los brazos del padre de sus hijos. Juan, el hombre, dando alaridos como un animal herido, se abalanza sobre al cadáver aun caliente y comienza desesperado a besarle los labios, frente y manos, mientras el rostro sonriente de la mujer, humedecido por el sudor y lágrimas del hombre que gime y llora, es testigo de blasfemias y maldiciones lanzadas contra Dios y todos los santos, lastimosos gritos, que como aullidos son escuchados con mucha pena por todo el vecindario.

El largo velorio de 24 horas, sirvió como centro de comentarios de todo tipo de las señoras y hombres de la población que pasaron largas horas acompañando el cuerpo sin vida de la mujer y solidarizando con el gran dolor del viudo y sus dos pequeños hijos.

De vuelta del cementerio, sus hijos llevados a casa de la abuela, el hombre iba a pasar su primera noche sólo, sin sus hijos y con su mujer durmiendo eternamente en un nicho del camposanto de uno de los cementerios de la ciudad.

Con los ojos hinchados de tanto llorar, sentado sobre el lecho desordenado donde tantas veces amó a esa mujer que lo había

abandonado ahora para siempre, con sus dos manos sobre su rostro, se esforzaba por seguir respirando y su corazón siguiera palpitando.

Más sosegado, miró hacia la modesta cocina, las ollas, las sartenes, los platos envejecidos por el uso y el delantal de ella, el que usaba coquetamente día a día. Con la vista recorrió las dos piezas que habitaron durante tanto tiempo, deteniéndose en cada sencillo objeto que ella cuidaba como si fueran tesoros, especialmente un pequeño cofrecito que él le había regalado un día de Navidad y que tenía un doble fondo secreto el cual solamente se podía abrir con una hermosa pero segura llavecilla. Curioso, se levanta y busca la llave en el velador, en la cómoda y hasta que la ubicó en un resquicio del ropero. Tomó con delicadeza la bella cajuela como si estuviera acariciando la piel de su amada, introduce la llave y la abre. En el interior estaba el anillo de compromiso que él le había puesto en su dedo el día que le había jurado amarla hasta la muerte y que ella había dejado de usar desde cuando tiempo atrás ambos se distanciaron; extrajo, miró y tuvo en sus manos los aros regalados cuando nació el primer hijo y que ella también dejó de usar hacía un buen tiempo. Enseguida abre el compartimiento secreto y encuentra dos hojas de papel escritas, semejantes a cartas. Intuyendo lo peor, quizás cartas de su amante escondido, del ladrón de amor, la abre y lee la íntima confesión póstuma que le hace su esposa. Con palabras sencillas, pero no por eso menos hermosas, la mujer le jura por Dios y todos los santos de haberlo amado siempre y que nunca jamás lo ha engañado; que sintió morir cuando descubrió la carta que él le había enviado a una amante; que sufrió sola su desilusión y que no obstante sentirse despechada, nunca le había sido infiel, despidiéndose con un “ Te amo, siempre serás tú el único amor de mi vida”. Pinchada con un clips la amorosa carta culposa de infidelidad, de puño y letra de él, estaba adherida a la nota dejada por su esposa ya fallecida.

El pavoroso grito que emitió el hombre herido como bestia atravesada por una lanza casi espanta a los jotes que haciendo círculos sobre el

techo de su casa, rondaban desde hacía tiempo, quizás augurando una desgracia, según aseguraban las ancianas del lugar.

Juan, en su ahora calvario, sentía en sus carnes no una sino varias espinas clavadas por haberse dejado seducir por su lógica engañosa al imaginar a su amor de su vida, la madre de sus hijos, en brazos de otro hombre. Una sensación tormentosa, martirizante, recorría sus entrañas, no era un dolor ubicable en algún lugar del cuerpo, sino que era etéreo, envolvente, angustiante, torturante. Inmerso en este especie de infierno mental, de pronto de su frente empezaron a fluir gruesas gotas de sudor, sus pupilas se expandieron, su rostro desencajado se tornó más pálido, casi cadavérico y comenzó a balbucear repetidamente palabras incoherentes, moviendo los brazos como si estuviera atrapado en un trance maléfico.

Hacia cerca de siete meses, Juan había ingresado casi por primera vez a un templo religioso, a la Catedral de la ciudad, en busca de ayuda de los dioses y santos, venciendo la incredulidad que su razón le dictaba. Desesperado ante la inminente muerte de su mujer en esa oportunidad, prometió mentalmente asistir una vez a la semana a la iglesia durante seis meses, si ese Dios y sus santos le salvaban la vida a la mujer y esposa que él amaba.

Pero desgraciadamente no cumplió lo prometido. Jamás volvió a la iglesia.

En estado casi cataléptico, su cuerpo temblando, estaba evocando el perro negro, de ojos rojizos, el demonio que lo perseguía... que lo provocaba...y Jesucristo y sus santos castigándolo por incumplir la promesa hecha...Le habían arrebatado a su mujer... los perversos..., pero existen... pero existen... y son perversos...son perversos...

Y salió despavorido a la calle, asustando a la gente que le escuchaban sin comprender lo que el hombre quería decir en sus alaridos:

¡Dios existe...Dios existe... y castiga ...castiga...el Demonio existe...yo lo he visto...yo lo he visto...Es un perro negro, de ojos rojos...Son malos... hacen daño...hacen daño....

Y siguió corriendo el hombre por las callejuelas de la población, enloquecido, haciendo caso omiso de la lluvia generosa y de la oscuridad de la noche.